

Al comienzo me instalé en una pensión llamada "Chiari di Luna", detrás del Duomo en via Calzaiuoli, donde por extraña coincidencia conocí al escultor chileno Sergio Mallol. Nos reíamos mucho cuando yo parodiaba a los otros pensionistas del lugar: la vieja Contessa, los dos profesores portugueses, la secretaria de provincia junto a la arpa dueña de la casa, eran detalladamente descritos corporalmente, matando a Sergio a carcajadas con mis pantomímicas muecas. El era un tipo difícil, bueno, me hablaba mucho de su amigo en Santiago, un tal Gonzalo, su pareja, sujeto que lo ponía de mal genio, entonces poníamos a la Piaf, que le encantaba y soñábamos.

Sergio iba todos los días a Pistonia a fundir sus pequeñas esculturas, parte de un proyecto para realizar en pocos meses con su beca.

Los cuatro años transcurridos entre 1962-1966, en la Academia de Bellas Artes de Florencia, me resultaron muy estimulantes, por la mezcla racial, la diversidad, la creatividad y los romances que surgieron entre sus alumnos, naturalmente sólo los estudiantes italianos se interesaban de política, luchaban para reformar los obsoletos Estatutos Académicos.

Pronto la protesta tomó carácter nacional, organizándose una reunión de los representantes de las Academias de toda Italia, en el Palazzo Barberini de Roma, con el Ministro de Educación, Giulio Andreotti.

Fui nombrado representante de los derechos de los estudiantes extranjeros, cuando se estaba complicando bastante la situación en Roma. Tras discursos y largas discusiones entre estudiantes y representantes del Ministerio, no se llegó a ningún acuerdo, decidiendo los estudiantes, después de votación, ocupar por la fuerza las salas donde se efectuaron las negociaciones. En esas agitadas jornadas conocí a Silvia Castelnovo, una representante de la Academia romana, quien junto a sus colegas y amigos nos suministraron alimentos, sacos de dormir y medicinas durante la semana que duró la ocupación.

Silvia era una estudiante de escultura, preparaba su tesis sobre el artista catalán, Antonio Gaudí. Le ayudé a traducir diversos textos sobre el famoso arquitecto. Ella pertenecía a una refinada familia judía-romana, siendo su madre una conocida arquitecto, quien se opuso tenazmente desde un comienzo a nuestra relación afectiva.

Su padre en cambio era menos rígido, dedicándose a la venta de autos y simpatizando conmigo después de nuestro encuentro.

Fui a visitarla a Roma, en variadas ocasiones, donde deseaba que yo me trasladara a estudiar. Durante el verano de 1965 realizamos un viaje por Israel, visitamos su hermana mayor y su marido, quienes eran miembros del kibbutz "Magam Michael", desde hacía dos años. Allí permanecimos trabajando por más de un mes.

Silvia se dedicaba junto a su hermana a cuidar infantes, mientras yo fui enviado al establo, donde llegaba a las 6:00 a.m. a limpiar el recinto y ordeñar las enormes vacas kibbutzinas.

Al cabo de nuestras agotadoras jornadas, que se prolongaban hasta las 2.00 p.m., almorzábamos en el comedor comunitario, alimentos bastante diversos a mi tradicional cocina italiana.

En las tardes con Silvia nos relajábamos en las aguas tibias del Mediterráneo, en las playas del kibbutz, donde instalaron viveros de carpas y otros peces en grandes piscinas. Generalmente la playa estaba desierta y jugábamos como dos niños fabricándonos collares con las algas marinas que semejaban flores.

Me sorprendió la extrema seguridad e indiferencia de los "sabras" hacia quien no era parte estable de la organización comunitaria, sólo en algunas festividades pude sentirme a gusto cantando y bailando en un círculo con los kibbutzinos.

Después de nuestra primera experiencia nos dedicamos a recorrer Israel, desde los enclaves comunitarios de frontera hasta el mar Rojo, los parajes más agrestes como el desierto y el mar Muerto, que me parecieron los más interesantes, donde pude sentir algo diferente, explicándome porqué allí nacieron y se desarrollaron varias religiones.

Algo insólito me aconteció el día que debíamos visitar Jerusalem.

Me fue imposible entrar, algo me detenía, inventé una crisis, pero no entré, posesionado por un rechazo físico de penetrar en la ciudad amurallada y me senté en la colina que domina su ingreso y pensé en tantas cosas.

De vuelta paramos en Grecia, donde fui víctima de un estado febril, estaba totalmente desinhibido. Recuerdo el cuarto de un hotel en una isla del Egeo, desde cuyo balcón se dominaban otras casas blancas bajando hasta el mar.

Hacia mucho calor, por primera vez estábamos durmiendo en el mismo cuarto, traté de violar a Silvia, encontrando su categórico rechazo.

Yo estaba sumamente excitado, por lo tanto se produjo una escena animalesca, mientras ella protestaba que para poseerla, antes deberíamos casarnos. Me puse furioso y tuvimos un horrible altercado y me cambié de cuarto, compartiendo esta vez mi pieza con un chico griego, a la hora de la siesta.

Por un tiempo sub-arrendé un estudio-departamento en la plaza de Santo Spirito, donde me sentí bastante sólo, pero pude concentrarme en mis pinturas. Allí me encontraba cuando por la radio dieron la noticia del asesinato de John F. Kennedy, fue como un torpedo atómico, quedé abismado.

En el otoño de 1964 era huésped de los Colacicchi, tenían una casa de campo, cerca de la Villa La Pietra en los faldeos de una suave colina, en la zona de Sesto Fiorentino.

El dueño de casa era Francesco Colacicchi, el director de la Academia de Bellas Artes, un artista originario de un pueblo entre Roma y Nápoles, sus pinturas tenían esa luz típica del "meridione", su esposa Flavia y su hijo Francesco, mi amigo, imitaban su estilo, pero sin su magia. Todos ellos eran artistas.

La casa era un refugio de celebridades, restaurada después de la guerra por Flavia, era una larga sucesión de cuartos, salas, corredores y un gran estudio de pintura con luz cenital, donde el maestro trascurría sus mejores momentos, lejos del ruido de la casa de estudios que dirigía, sin el papeleo y la secretaria dándole mensajes telefónicos.

Allí almacenaba gran cantidad de objetos marinos, jarcias y cuerdas, infinidad de conchas y caracoles, moluscos y crustáceos que usaba en sus composiciones. Su esposa Flavia era de ascendencia rusa, su mejor amiga era la dottoressa Nina, otra esclava, y además tenía amigos escritores que de vez en cuando los visitaban, era excelente anfitriona, habituada desde pequeña a recibir gente, generalmente huéspedes extranjeros, en su mayor parte ingleses.

Un día, apareció por la casa toda una delegación de rusos, de paso a la Biennale de Venezia, quedé muy entusiasmado con su cultura al conocerlos de cerca y poder hablarles, mediante intérpretes, a los artistas oficiales del régimen socialista Soviético.

Me junté con ellos interesado en detalles de sus vidas, aunque objetando generalmente sus obras.

Piero Colacicchi era el escultor clásico, -realista y neorenacentista- que vivía largas temporadas en New York, casado con una norteamericana, bailarina de danza moderna. Tenían un hijo, Nicolas. Ellos ocupaban una ala independiente de la casa y Piero tenía su estudio de escultura en una antigua construcción debajo del jardín.

En su propiedad crecían olivos y viñas, circundados por calles de campo toscanas, de paredes altas y estrechas, peatonales en pasados siglos. Encerrado en esta finca, me parecía estar viviendo en un sueño.

Dos años más tarde me casé con Susan y Piero sería mi padrino de bodas, en Princeton.

Mediante un aviso escrito en inglés, en el boletín de la Academia descubrí a Betty Dixon Stern, lo que en USA llaman "a big girl", una artista de Montana, quaquera cincuentona, divorciada de un jazzista, de cuya mesada subsistía a malas penas. Fumadora empedemida, se dormía con los pitos encendidos, quemando sus sábanas. Betty deseaba compartir la casa, los gastos, a cambio me prestaría su moto para revisar el turismo rápidamente.

Las pinturas de Betty eran de una imaginación particular, pintaba flores sobrenaturales, titánicas vulvas, que se transformaban en rostros. Autodidacta, bastante naive, única en su género.

Cada cierto tiempo cuando estaba en quiebra, aparecía un apuesto muchacho del barrio San Frediano, que posaba desnudo y ella lo transformaba en un fauno. El chico era un as para la pose, terminó en el pequeño estudio que Francesco me prestaba, otro lugar gay, donde le mamé el alma.

Las creaciones de Betty eran el deleite del Marqués Valdemar Fioravanti, dueño del predio donde residíamos en Bellosguardo, en las colinas alrededor de Florencia. Betty, con una sonrisa chijna, abría la puerta dejando entrar al Marqués y su séquito en romería a contemplar las vulvas de Betty. La comitiva se deshacía en elogios y carcajadas, al mirar las singulares telas, asombrados por el contenido. Mientras Valdemar en un rincón, se reía debajo del bigote, disimulando una pose de moigato, después ponía en marcha su viejo Fiat y subía a sus huéspedes al castillo encantado, en la cima de la colina.

¡A chip extravaganza! Susurraban, se alejaban, pero seguían volviendo. Pasamos un duro invierno con Betty en nuestro refugio, lleno de eternas lluvias.

repetido

repetido

Finalmente llegó la primavera, trayendo consigo tres hermosas amazonas anglo-sajonas a nuestra casa: Sally, Susan y Jenny. Las apodamos con Betty "Les Girls", aludiendo a los bailes y fiestas que organizaron desde su llegada a la casa colónica, amplia y asoleada que arrendaron por cuatro meses, pagando en "cash" al muy excitado Marquez Fioravanti, por la llamativa presencia de las chicas elegantes y sofisticadas. Una noche les fui a golpear la puerta con la excusa que necesitaba hielo, pues Betty estaba preparando una ponchera, después de presentarme pude conversar largamente con ellas, quedando de acuerdo en que les realizaría tours por los tesoros artísticos florentinos, desconocidos para la masa turística.

Por Susan sentí inmediatamente simpatía, por su amable y franca sonrisa y sus cabellos largos y dorados. Una rubia natural, de ojos azules claros y facciones finas, descendiente de ingleses y germanos. Este era un tiempo en que ella vivía enseñando Historia del Arte, en el exclusivo College de Villa Mercedes, un enclave educacional norteamericano, entre las colinas de Bellosguardo, que acogía en una antigua y señorial villa toscana, a chicas "difíciles emotivamente". O por lo general, eran las hijas desadaptadas de padres divorciados demasiado ocupados juntando dinero y sumergidos en nuevas pasiones, para poder dedicarles amor y tiempo, siendo una gran solución un College distante y elegante, donde aprenderían arte y buenos modales.

Las chicas se fugaban de noche; algunas tenían aventuras sentimentales, iban a muchas fiestas y viajaban por Europa acompañadas de chaperonas como Susan.

Sally, muy sofisticada, con poses de exquisita, era hija de un banquero de Kansas City, con Susan compartieron años de formación en el Vassar College. Tenía una faz risueña y una figura interesante sin ser despampanante, y la llave de su éxito social residía en su comportamiento y modales reales. En cambio Jenny, rubia y curvilínea, era la más realista y aterrizada, provocaba revuelo dentro de su convertible rosado.

Más tarde terminó casada con un abogado florentino.

Sally era la reina, Susan la docta y Jenny la sensual y salvaje.

Este excelente trio de muchachas norteamericanas, vivían a la caza de emociones y aventuras en la antigua Florencia, atacando donde llegaban hordas de turistas. "Les Girls" daban fiestas estupendas y bulliciosas, terminábamos todos ebrios al final de una noche de destape.

Los chicos florentinos las rondaban como abejorros en celo.

Las chicas bajaban a Florencia, en el convertible, provocaban serios problemas de tránsito, eran todo un espectáculo, dando vueltas alrededor del Duomo, con la música de moda a todo dar, Jenny con su melena rubia alborotada, manejando su auto al ritmo de "chica, chica, pun", divirtiéndose con el desorden creado, que terminaba siendo un enjambre de autos y motos llenas de tipos decididos, que se tocaban el bulto profiriendo soeces, mientras Sally seguía saludándolos como Miss América.

Una tarde volvieron descompuestas a Bellosguardo, Susan estaba pálida, alterada y al borde de un ataque de nervios, había atropellado a un turista distraído, que estaba embelesado mirando por última vez el campanile del Giotto en el medio de la vía, al tiempo que pasa un motonetista endiablado, por el lado, terminando el turista sentado de mascota en el capó del convertible elegante y caro que conducían "Les Girls", produciéndose un tremendo escándalo. Susan era wagneriana, cruzando la campiña toscana a pies descalzos, cubierta por una camisa de dormir de segundo imperio. Nuestra relación fue hermosa, casi cinematográfica, al comienzo, fue un amor de verano que tomamos demasiado en serio. A veces pienso fue el amor de una mujer diferente, liberada y protectora. Ella se identificaba con algunas figuras muy femeninas de los retablos flamencos del pintor Hugo van der Goes, que miraba largamente en la galería Degli Uffizi.

"La adoración de los pastores", una de las obras de ese artista, que describía el tipo de mujer al que ella pertenecía. Su cuerpo poderoso, su actitud liberal y su amor por Florencia, me sedujeron. Finalmente había encontrado alguien que me entendía y me aceptaba tal como era, dispuesta a darme una ayuda en la vida.

Nuestro romance llegó a su punto más alto durante nuestro viaje al mar Egeo, en cuyas islas, más de una vez, consumí mis lunas de miel. Fue un verano inolvidable, coronado con la llegada de su auto M.G. deportivo, descapotable y rojo, del año 1938, que nos llevó al sur de Italia y al Peloponeso. Lo había enviado Sharon Stevenson, la hermana de Susan, que de viaje por Europa lo adquirió durante su visita a Londres, con la promesa que se lo entregaran en Florencia a Susan, quien se encargaría de remitirlo a USA. El encargado de conducir esta pieza de museo, a las colinas de Bellosguardo, era un chico londinense llamado Brian.

La llegada del coche fue excusa suficiente para una fiesta-bautizo, en que llovió champagne sobre este bello coche. Se tomó mucho Chianti y se bailó con tremendas energías las danzas griegas, inspiradas en Zorba.

A la madrugada, llenos de euforia, partimos rumbo a la isla de Siros, en el Egeo, donde seguimos bailando las mismas danzas, con griegos auténticos, quienes fueron nuestros maestros coreográficos.

Brian iba al volante, con Sally a su lado, en incógnito, con sombrero de paja de Italia y anteojos ahumados. Atrás, sentados en el borde del maletero, íbamos Susan y yo, la pareja del año, en tenuta deportiva. Fue la prueba de fuego para el motor del viejo M.G.. Al acercarnos a Roma comenzó a llover "cats and dogs" y debimos subir la capota, para no empaparnos, sintiéndonos miserables, apretujados en el asiento trasero, construido para enanos.

Igual entró el agua, pues las puertas carecían de cristales y quedamos empapados. Sally se parecía una heroína de una película del cine mudo, secándose el pelo en un turbante de toallas, con el rimel corrido que le pintó ojeras y junto a su palidez de geisha, le daban un aire de ir a asaltar un banco en un día de lluvia. Fuimos Bonny and Clyde, en la campiña romana. Nosotros apenas nos divisábamos en el fondo del baúl, entre el cocaví y los bultos de mano, aniquilados después de alguna frenada histórica de Brian, acostumbrado a manejar al otro lado de la ruta. Finalmente, una mañana, mareados y ojerosos, llegamos al puerto de Brindisi, en el sur de Italia, justo para embarcarnos en una nave italiana a Pireos.

Era comienzos de Septiembre, el cielo estaba limpio y azul, la Acrópolis desierta, contemplamos interminablemente esas piedras legendarias que nos hacían soñar, recorriendo el gran Templo y observando las cariátides, sacando las cuentas de todos los frisos, estatuas y pedazos que se llevaron los ingleses, y el vandalismo de tantos otros, por lo tanto concluimos que era un milagro lo que quedaba allí.

Dejamos el M.G. estacionado en un garage y buscamos en Pireos una de esas naves que viajan a las islas. Íbamos rumbo a Siros, allí alguien conocía una taberna frente al mar, donde en las noches se realizaban danzas de folclor helénico. Estuvimos cinco días de vacaciones junto a un grupo de griegos, emigrados al Camerum africano, después de meses de duro trabajo en un clima infernal -se sucedían las danzas con el retsina, el ouzo, a la salud de todos - Susan y Sally estaban encantadas, convertidas en las únicas reinas del saloon, les faltó sólo bailar cán cán.

Una noche, de luna llena, agradecí a Susan estas maravillosas vacaciones, le regalé una acuarela de la bahía de Siros, que le había gustado cuando la pintaba en un bus en marcha.

Saqué varias impresiones del lugar, inspirado por esa luz magistral del Egeo. Yo y Brian dormíamos en la playa, en sacos a pelo, pues en el interior de la taberna sólo había disponibles un par de literas, que ocupaban Susan y Sally, quienes terminaban absolutamente ebrias cada noche, en continua fiesta a Dionisios.

Al amanecer del segundo día llegó a la playa un grupo de saltimbanquis, eran parte de un circo de equilibristas sobre barriles de vino, que rodaban por la arena húmeda. El más liviano saltaba de un barril a otro con maestría, mientras el más maciso dirigía el espectáculo, maltratándolo con dureza.

Terminamos durmiendo todos juntos en la playa. Por las mañanas salíamos a pescar en un bote, el saltimbanqui, más fornido, se sumergía en las transparentes aguas, reapareciendo en la superficie sangrando por las narices, premunido de conchas, cuyos mariscos cocinábamos al mediodía, al tiempo que bebíamos vasos de retsina.

Con tanto trago y con tanto trago, al quinto día escaseaban las dracmas.

Al fin, decidimos volver a la realidad. Sally, la hija del banquero, partió en avión desde Atenas, nosotros en cambio, fuimos al garage y nos embarcamos en una nave turca con M.G., muy conveniente para nuestros escasos recursos, pues, tan pobres estábamos, que no pudimos repartir propinas. Cuando bajábamos de la nave, acarreado nuestros bultos con dignidad por la pasarela, los camareros se vengaron de nosotros gritándonos cosas horribles, en una lengua extraña y lanzando escupos al mar, haciendo gestos con las manos y agrediéndonos con naranjas.

El trayecto de vuelta a Florencia fue una odisea, viajábamos con el dinero justo para la gasolina, nos alimentábamos de dádivas y robos en los mercados de los distintos pueblos, escogimos el camino antiguo para volver, sin esforzar el auto en la autopista y sin pagar los peajes. Eran maravillosas las antiguas vías romanas.

Algunas noches vendíamos nuestro improvisado espectáculo a cambio de un par de camas y un plato de tallarines.

cep.